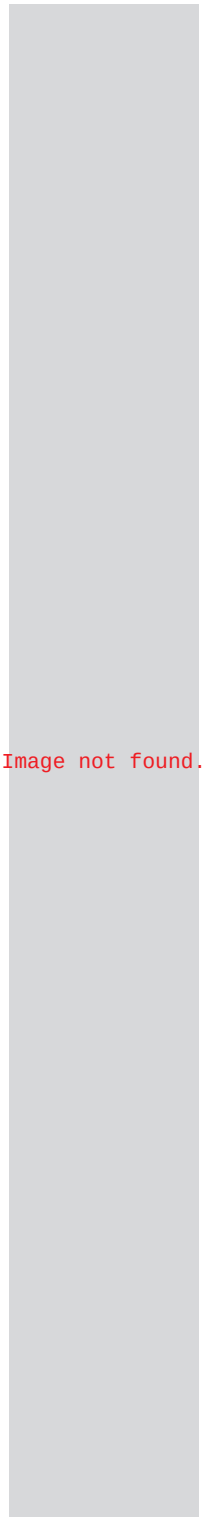
Amada Muerte

L.G.Ross



Capítulo 1

Amada Muerte

Erase 1884, cuando un hombre joven y galante llegó al pequeño y sombrío pueblecito. Rico, apuesto y soltero, Iván R., captó la atención de todas las jovencitas que deseaban desposarse. La presencia del chico llevó a las damas a arreglarse y lucir lo mejor que podían, intentando cautivarlo a toda costa, más Iván no parecía interesado en ninguna. Sin embargo, una noche de enero en la que hacía algo de frío, él caminaba por las desoladas calles, después de una ronda de tragos con algunos amigos en el bar, al final de la calle. En el tiempo que vio a una mujer de hermosa figura parada en medio de la calle, él quedó encantado. Su piel tenía un aspecto suave y bonito, sus labios rojos y su cabello largo tan rubio que en medio de la penumbra parecía de un tono blanquecino. Se le aproximó sin pensárselo y contempló sus oscuros ojos a medida que intentaba seducirla.

Iván pensaba en que nunca había visto a una mujer tan bella como ella. No obstante, algo en su persona le inquietaba. La noche ya había corrido bastante y hacía tanto frío que podía calarse hasta los huesos, y ella estaba allí con un simple vestido, sola. Iván ofreció acompañarla y al tomarla de la mano, notó que era tan fría como un tempano de hielo. Fue entonces que, en el hermoso rostro de la mujer, se hizo una sonrisa torcida.

-No sois de por aquí- mencionó el chico- ¿cuál es vuestro nombre?

-Soy quien viene y va en la oscuridad, la que todos llaman la Muerte- respondió tranquila.

-Imposible. Eres muy bonita para ser la Muerte-

-Pero lo soy. Y si prometieras casarte conmigo, os daría vida eterna a cambio de vuestro amor, mi señor-

-¿Por qué querría alguien como tú casarse conmigo?-

-Anhelo amor, señor mío, y me fío de que usted podría dármelo. Además… alguien como usted, no debería envejecer o morir nunca-

-Disfrutar del mundo sin limitaciones, siempre joven y rico, suena interesante-

Y fue así que, cautivado por la dama, decidió complacerla contrayendo nupcias una semana más tarde. Iván estaba tan atontado por ella, que no le importó que fuera la mismísima muerte a quien le prometía amor

sincero. Y tal como la Muerte lo acordó, a su marido la vida eterna otorgó, prometiendo más belleza y riquezas de lo que él ya poseía. Pero claro, la Muerte era demasiado astuta y posesiva, e Iván ignoraba que pudiera haber algo extraño en su trato de inmortalidad a cambio de amor. Se fiaba mucho de la encantadora apariencia de su mujer.

Transcurriendo varios meses, Iván se percató de cuan fría podría ser su querida esposa. Físicamente seguía siendo perfecta, pero al ser la Muerte, era de esperarse que no supiera de afecto, tacto o amor. El hombre no se había puesto a pensar en cuán importante sería conocer más sobre otros atributos además de la belleza de su amada. Por supuesto que, no se atrevía a objetarla por temor. Nadie que estuviese cuerdo provocaría a la Muerte. Y no serviría de mucho correr por el pueblo anunciando que se había comprometido con un ente que no era de este mundo, todos le creerían loco. Por lo que, a falta de cariño, ahogaba la frustración de su menesteroso matrimonio con alcohol, volviéndose un hábito el pasar las noches en el bar del pueblecito.

En una de sus tristes, desgraciadas noches, caminando hacia el bar, vio a la hija del general. Una joven de belleza singular, no tan hermosa como su esposa, pero era poseedora de la mirada más tierna jamás vista. Iván sintió que volvía a enamorarse. Tras varias conversaciones entre ambos, un sentimiento mutuo nació. Un amor real. La muerte, al captar que su esposo comenzaba a fijarse en otra chica, se puso celosa y enfureció. Buscó a la joven muchacha y le arrancó la vida sin pensarlo dos veces. El hombre, abatido y afligido, presenció la sepultura de su nuevo amor e impotente, no fue capaz de manifestar su conocimiento acerca del asesino y mucho menos revelar la identidad de su esposa. Ese día, Iván se quedó frente a la tumba hasta caída la noche e igual que la neblina, silenciosamente, la muerte lo fue a buscar.

-La habéis matado sin clemencia- protestó el hombre molesto- ella no te había hecho nada, he sido yo-

-Soy la Muerte, no poseo compasión u otro sentimiento, mi señor. Vos me pertenecéis ahora, claro está. Vivís, respiráis y tened ojos para mí únicamente-

-Si no podéis sentir, ¿por qué me has engañado para otorgarte mi amor?-

-Porque quiero ser amada igual que toda mujer mortal. Ese es mi deseo y tú hicisteis el trato para cumplirlo-

Iván, al ver que la dama ni se inmutaba, se percató de que la muerte no era más que un frío ser sin sentimientos. Se arrepintió tanto el haber realizado un trato con ella y era consciente de que la muerte no lo dejaría ir así sin más. Dejó escapar una lágrima, demostrando cuan adolorida estaba su alma tras perder a la joven, dueña de su corazón. Enojada,

indignada, la muerte le advirtió:

-Por ella ni nadie más debes de llorar. Tu amor es mío, lo habéis jurado para toda la vida. De volver a derramar una lágrima, algo te he de arrebatar. Debes estar junto a mí por siempre, mi señor-

Espantado, el hombre a su hogar regresó junto con su esposa. Llevando una vida anormal, Iván se encerraba en la casa para que ninguna muchacha sufriera el mismo destino que aquella que se arriesgó a amarlo. Dejó de concurrir al bar y vivía únicamente para su preciosa muerte, fingiendo amarla. Pero eso no impedía que cada noche recordara a la infortunada difunta, a quien a pesar de todo seguía amando en secreto. Muy pronto la gran casa no era más que una casucha fría, silenciosa y deprimente. El tiempo pasaba y él nunca envejecía, sino al contrario, cada vez parecía volverse más joven y guapo. Su mente llegó a atormentarse tanto con su apariencia que, en un ataque de locura, rompió todos los espejos de la casa. Simplemente ya no podía ver su reflejo puesto se sentía culpable de haber arriesgado tanto por algo tan tonto como la vida eterna.

Resultaba curioso como su fortuna parecía aumentar de la nada y le enloquecía saber que aun con tanto dinero, no podía comprar lo que más anhelaba. La vida de un ser querido que ya murió. Tras su desaparición de la sociedad, los pobladores se sentía bastante curiosos. No pasó mucho para que los chismes corrieran por las calles. Las mujeres que lo habían visto asomarse a la ventana, decían que era el hombre más hermoso que jamás vieron y esto llevó a que muchas, mujeres en busca de hombres con fortuna, se asomaran a la casa con la excusa de saludarlo. Empero todas eran echadas o simplemente nadie las atendía. Iván, ya agotado, pensó en revelar la identidad de la mujer que vivía con él varias veces, asegurando que todas dejarían de fastidiar y saldrían pintando al enterarse de que su esposa era la muerte. Pero recapacitaba y se atenía de hacerlo. Aunque no quería admitirlo, le temía demasiado a la muerte.

Un año trascurrió y en el día del aniversario de muerte de su amada, Iván se escapó de la casa muy temprano por la mañana, pensando que su esposa no se percataría de ello. El hombre dolido al bosque acudió y entre los árboles la tumba halló. Arrodillado frente a la lápida, una lágrima derramó. La muerte, su esposa de repente se le apareció y muy enfadada espetó:

-Os he advertido que no debíais llorar y a cambio tu felicidad me he de llevar. Lo hago porque te amo y tú debes amarme-

Tras un chasquido de dedos el hombre perdió su felicidad.

Los días pasaron y el hombre en depresión se hundió. Dejó de sonreír y apenas falsamente con su esposa podía reír. En reiteradas ocasiones la

vida intentó arrebatarse, pero era inmortal. Podía atarse una soga al cuello y colgarse por varias horas, agonizando, pero no moría. Era capaz de atravesarse el estómago con un cuchillo, se desangraba, pero no se iba. Bebió veneno y seguía vivo. Al percatarse de que solo la muerte podría permitirle morir, desistió de sus inútiles intentos para escapar de su dolor. La muerte era muy lista pues, lo había planeado todo de antemano. Él nunca escaparía de sus garras.

El segundo aniversario de muerte llegó y el sufrimiento del recuerdo que acarreaba aquel día, seguía latente en él. Y por mucho que intentó contenerse, no pudo evitar llorar por su amada. La muerte no tardó de hacerse presente e irritada, dijo:

-Una vez más desobedeces, esta vez me llevaré tu suerte. La próxima vez que lo volváis a hacer, tu alma yo encerraré. Lo hago porque te amo y tú debes amarme-

Entonces el hombre su suerte perdió, así como sus riquezas y el interés de todas las mujeres del pueblo, que habían olvidado su existencia. De vivir en una mansión de lujo, muy pronto a una simple y estropeada casona se mudó. La vida eterna ya carecía de valor alguno con una vida tan miserable como la que llevaba. Depresivo y desafortunado, lo único que hacía en todo el día era contemplar el pueblo desde la ventana y complacer continuamente las exigencias de su esposa.

El tercer año del aniversario de muerte se presentó y el infeliz joven a la muerte temió aún más. No obstante, al carecer de felicidad, afecto o una cómoda vida, ¿qué importaba que se llevase su alma? El desconsuelo que acarrea su corazón desde hace años, resultaba aun peor ya que a su amada él jamás olvidó. Seguía añorándola y orando porque algún milagro la trajera devuelta a él, siempre con la débil esperanza de volverla a ver. Esa noche en llanto rompió y su esposa decepcionada reapareció.

-Te advertí una vez que sólo llores por mí, ahora a tu alma encerraré y es una pena que como un zombi conmigo estés. Lo hago porque te amo y tú debes amarme-

Al terminar de hablar su alma le arrebató, entre sus manos lo llevó y en una cajita de cristal lo guardó. El cuerpo de Iván vacío quedó y la mujer de eso se aprovechó. Todo lo que ella ordenaba él lo hacía, igual que un titiritero controla a su muñeco. Siempre hermoso, callado y obediente, la muerte encontró a su fiel sirviente. Sin embargo, algo andaba mal ya que, un cuerpo sin alma, amor no puede dar. La muerte simplemente se tuvo que conformar, era mejor eso a que su amado a otra amase más.

El tiempo pasó y se vieron obligados a marcharse del pueblo. Era difícil explicar por qué ellos seguían jóvenes mientras el resto de los pobladores envejecían. Ella sabía que de quedarse, tarde o temprano la descubrirían y

a la hoguera los mandaría acusados por brujería. Claro que a eso la muerte no temía, pero adoraba su vida relajada y llena de armonía. Viajaron a un pueblo lejano, en donde una nueva vida llevó. La muerte fingía ser una esposa feliz, alardeando de su esposo que a su gusto controlaba. Tanta atención y envidia alagaban a la muerte, puesto que las otras mujeres quedaban maravilladas ante el guapo joven con quien se había casado. Así que, continuó vanagloriándose a lo largo de los años.

Para todos los mortales la vida pasa muy pronto, lo que para ellos era apenas un soplo, por ese motivo se vio obligado a mudarse de pueblo en pueblo, evitando levantar sospechas. Muy pronto esto aburrió a la muerte, quien comenzaba a cansarse de la rutina. Y al trascurrir cincuenta años, decidieron regresar al viejo pueblecito sombrío en el que se habían conocido. Muchas cosas habían cambiado, las personas que alguna vez habitaron allí ya habían muerto, ya no tenían de que preocuparse.

En un día soleado, la pareja salió a pasear para variar y cuando la muerte se descuidó, Iván contempló a una joven bastante familiar. Su corazón vació comenzó a latir nuevamente, algo que parecía haber olvidado. La felicidad lo envolvió y sus ojos brillaron sintiendo cómo su alma regresaba a su cuerpo. Anteriormente no creía en la reencarnación, pero ahora tenía la prueba justo frente a sus ojos. Una muchacha idéntica a la hija del general, su amada que había muerto hacía varios años atrás. Era tan hermosa y de mirada tan cálida como lo recordaba. La muerte, al percatarse de lo que sucedía, la melancolía se reflejó en sus ojos por vez primera .

-Es suficiente. Lo he intentado todo, pero tú nunca vas a amarme ¿cierto?- dijo entristecida.

-Te amé en su momento, querida. Pero no estabas destinada a mí-

-¿Cómo lo sabes?-

-No fue verdadero amor lo que tuvimos desde un principio. Tú me engañaste para que me casara contigo-

-¿Cómo es el amor verdadero? ¿No es eso lo que te pedí otorgarme?-

-El amor verdadero no se otorga por medio de acuerdos, solo surge y ya. Aunque no lo creas, el amor verdadero no es algo compartido. Se trata del amor incondicional que una persona llega a sentir por otra, sea correspondido o no-

-¿Qué tontos son los mortales? ¿Por qué amar a alguien que no te ama?-

-Porque el amor verdadero se da sin esperar algo a cambio. Pueden pasar años y tú seguirás amando a esa persona. Es doloroso, pero inevitable

cuando se presenta. Es por eso que no puedo amarte-

-Si me la llevara…-

-Si te la llevas no volveré a perdonártelo. Si quieres llevarte un alma, llévate la mía. Ya he vivido mucho y estoy cansado-

Enfadada por el insolente muchacho, tomó la decisión de cumplir su petición. Quería enseñarle que a la muerte debía temerle, recordándole del por qué nadie la desafiaba. Y cuando se disponía a darle fin a su larga vida, un hombre alto y solemne la detuvo. Bastante impresionado, Iván contempló al Señor, tan majestuoso. Por primera vez, la muerte se estremeció y se mostró bastante asustada ante la presencia de Dios, quien había venido a castigarla, por seducir y engañar a los mortales con tan agradable apariencia. Mucho la muerte imploró perdón, sin embargo debía de pagar por todo lo que había hecho. El Señor le arrebató la belleza, convirtiéndola en un flacucho esqueleto envuelto en una túnica fúnebre, de ese modo, todo aquel que la viera saldría huyendo atemorizado y no caerían en sus viles trucos nunca más. La muerte fue condenada a la soledad eterna en las tinieblas del más allá.

Posteriormente a que Dios se marchara, Iván humildemente dijo:

-Fui engañado por la muerte y viví en desdicha por mucho tiempo. Querido Dios , ¿podría vivir un poco más para buscar mi felicidad?-

-Has vivido ya suficiente. Caíste en las mañas de la muerte por tus propios medios. ¿Por qué debería sucumbir a tu petición?-

-Porque creo que todos merecemos un verdadero amor-

Dios sonrió y como es compasivo, le otorgó diez años más de vida y luego se marchó. Iván R., no desaprovechó los años que le habían regalado. Se casó con la mujer que había amado hacía años, tuvo una hermosa hija y disfrutó de su tiempo con una verdadera familia, compartiendo la historia de su vivencia con la muerte. Lo que a un hombre le toca envejecer en cuarenta años, él lo hizo en diez, y llegado su hora, se sintió satisfecho con la vida que llevó en la última oportunidad que le dieron. Pudo descansar en paz y en su transición al otro mundo, volvió a ver a la muerte. Pero no sintió espanto, temor u odio. Sonriéndole, la recibió como un viejo amor y caminó junto a ella rumbo a su destino final.